

Irina Podgorny

Florentino Ameghino: santo de los maestros, ejemplo para los niños

En la cultura de los maestros normales la figura de Florentino Ameghino (1854?-1911) ocupó, junto con la de Almafuerte y Sarmiento, un lugar indiscutido. Todavía recuerdo su retrato y su nombre coronando la biblioteca del aula de sexto grado de la Escuela No.19 de Quilmes. En la semana del 6 de agosto Billiken, todos los años, publicaba la vida de Ameghino en viñetas: mis padres en la década de 1940 y nosotros, treinta años más tarde, recortaríamos las mismas anécdotas para colgarlas en el cuadro mural de la escuela: la librería de La Plata, la incompreensión de los gauchos, los hallazgos extraordinarios en la llanura argentina, el reconocimiento tardío.

En esa fecha de agosto –día de su muerte– el calendario escolar del Consejo Nacional de Educación había establecido en 1913 el “Día del Naturalista”. Más de un maestro veneró desde entonces su figura. Ese sentimiento se alimentaba en distintos espacios: museos y manuales escolares, visitas a los grandes museos nacionales, escuelas primarias y bibliotecas populares con su nombre, antologías, monumentos, salas de conferencias, asociaciones socialistas de cultura obrera, la tumba del cementerio de La Plata, centro de peregrinación para los alumnos de toda la provincia y también, la Capital Federal. Sin embargo, nutrido en el seno del normalismo, se iría apagando luego de las reformas en la formación de maestros de la década de 1970. Ameghino, sin nostalgia, se marcharía de las escuelas con la jubilación de las últimas maestras normales. Esa desaparición paulatina del llamado “ameghinismo” nos enfrenta también a su origen, es decir, a la pregunta acerca de cómo se consolidó esa celebración del sabio nacional, evidencia de la capacidad de superación de los hijos de inmigrantes a través del estudio y del trabajo, combinada con la extraordinaria riqueza fósil de las pampas argentinas y la eficacia

de las escuelas que allí proliferaban.

Según una carta publicada en La Nación en agosto de 1911, el político Carlos Aldao, mientras visitaba Bombay en 1906, había escuchado el siguiente comentario: “Nosotros conocemos a la Argentina como el país de Ameghino”. Se trataba de un profesor de la Universidad de Columbia que admiraba al sabio y felicitaba a su compatriota. Esa fama internacional procedía de una prolífica producción en el campo de la paleontología de mamíferos, obra escrita mayormente en francés, la lengua franca de los científicos del siglo XIX. Ameghino, puede decirse, fue una máquina de escritura, retroalimentada por la crítica y por las colecciones que su hermano le enviaba desde la Patagonia. Además de sus monografías de cientos de páginas, escribía cartas a un ritmo casi desmesurado. “No se vea en ellas un trabajo literario”, había afirmado en 1884. Se trataba, en cambio, de sesudas disquisiciones geológicas y paleontológicas difíciles de entender si se desconocía el lenguaje de los molares fósiles.

Florentino y Carlos Ameghino descubrieron una fauna fósil de variedad y antigüedad hasta entonces desconocidas. Las investigaciones de Ameghino, puede decirse, reposaron en una suerte de empresa familiar integrada por sus hermanos menores y por su esposa francesa. Con los hermanos Doering en Córdoba y Hermann von Ihering en San Pablo, elaboró sus ideas sobre la antigüedad de las formaciones geológicas terciarias de América del Sur y sobre el origen y dispersión de los mamíferos. Por otro lado, Von Ihering y Florentino propusieron que todos los mamíferos se habían originado en la actual Patagonia argentina. De allí, habrían pasado a África a través de los puentes continentales que, según Von Ihering, en tiempos geológicos, comunicaban ambos continentes para luego continuar su conquista del resto del mundo y regresar, transformados, al actual territorio nacional. Sin embargo, Ameghino, en la cultura escolar, no sería recordado por sus teorías sobre la evolución y dispersión de los mamíferos o por la cantidad de especies fósiles exhumadas; por el contrario, el ameghinismo insistiría en las teorías sobre el origen americano de la humanidad lanzadas alrededor de 1906 y, por otro lado, en el reconocimiento internacional alcanzado por el humilde maestro de Luján.

Tal es así que, más allá de los cambios curriculares y políticos, desde la década de 1910 Ameghino empezó a ser recordado como un modelo a imitar. [1] Para los fundadores de la Sección Pedagógica de la Universidad Nacional de La Plata, promotores del culto al sabio, el pasado de este hijo de inmigrantes lo ligaba a Sarmiento. Víctor Mercante fue uno de los primeros en adscribir a Ameghino al gremio docente, una profesión que, curiosamente, Ameghino había abandonado en 1878 cuando partió hacia la exposición universal de París. Allí exhibiría y vendería parte de su colección prehistórica y se formaría en los laboratorios del Museo de Historia Natural. Nunca más dictaría clase. Inhumado en el panteón de maestros del cementerio de La Plata, murió sin haber formado discípulos. Dejaba, sí, una colección paleontológica, una biblioteca y una extensa correspondencia que en 1912 los hermanos vendieron al Gobierno Nacional.

Pero antes de su muerte, la autodidaxia de Ameghino, motor de sus primeros pasos en la historia natural, se promovía en los libros de metodología. En 1908, Rodolfo Senet, otro integrante de la Sección Pedagógica de la Universidad, definía las formas de educación reconociendo la individual o espontánea, la social o refleja y la escolar o sistemática. La primera, la que se dan a sí mismos los talentos, los genialoides y geniales, estaba representada por tres ejemplos históricos: el numismático francés Valentín Jamerai Duval (1695-1775), Ameghino y Sarmiento. Senet la desaconsejaba como forma generalizada, pero la ponderaba en el caso de sus ejemplos:

“Florentino Ameghino, actual director del Museo Nacional debe únicamente a la acción escolar los cuatro primeros grados de enseñanza primaria. Hoy luchando solo ha alcanzado a ser un sabio de fama y nombradía mundial. El sabio paleontólogo y filósofo actual, era ya célebre en 1878, cuando aun distaba mucho de pisar los umbrales de la edad viril. Indudablemente la autoeducación provee al sujeto de un criterio propio, mayor desarrollo de la observación, juicio, etc., debido al ejercicio constante; no está influenciado por prejuicios, ni doctrinas, teorías o escuelas determinadas; su espíritu es más libre; sus vistas, no encerradas en estrechos círculos, son más amplias; su pensamiento es más

independiente; sus conocimientos son más profundos; su atención más evolucionada, y su memoria es generalmente más fiel; los conocimientos que posee son más utilizables, los explota mejor porque ha dirigido sus pasos hacia lo que conceptúa útil para él, desechando lo superfluo; ha podido elegir, y en cambio de las dificultades con que ha luchado en su forma de educación, ha adquirido con ella la ventaja de no torturar su espíritu, no pasar por las horcas caudinas de materias inservibles para su género de trabajos, u odiosas para sus tendencias e inclinaciones”

Ameghino pasó rápidamente a ser un personaje de los primeros libros de lectura y educación moral publicados por editoriales argentinas. En las parábolas morales de los catecismos cívicos de Ernesto Nelson (1873-1959), profesor de la Universidad Nacional de La Plata y miembro de la Asociación Cristiana de Jóvenes, Ameghino aparecía como hombre virtuoso e independiente. Más tarde, en 1913, José María Aubin, maestro normal cuyos textos comercializaba la Editorial Estrada, incorporó a Ameghino en Destino, cuarto libro de lectura, como símbolo de “una gran vida y un noble ejemplo”. Allí Aubin presentaba el significado de su obra en la consolidación de la ciencia argentina. El suelo de sus antepasados, la tierra de Oneglia en la provincia de Génoval, lo emparentaba con Belgrano. [2]

La promoción de la figura de Ameghino no solo fue obra de los maestros: en 1915, Leopoldo Lugones haría su Elogio... subrayando el destino austral del país presagiado en la obra ameghiniana. Ricardo Rojas, por su parte, lo proclamaría arquetipo de la argentinidad y, al editar su Historia de la Literatura Argentina, celebraría sus escritos como el punto máximo de las letras modernas, soslayando que el francés había sido la lengua que Ameghino había usado para proyectarse en el mundo. Es cierto que algunos científicos subrayaron que, gracias al sabio argentino, la ciencia tuvo que aprender a leer en español, pero no es menos cierto que, sin el francés, Ameghino no hubiera podido trascender las fronteras de su ciudad. Finalmente, José Ingenieros en la colección La cultura argentina (1918) reeditaría La antigüedad del Hombre en el Plata (originalmente de 1880/1). Filogenia (1884) aparecería en 1915. Además, el maestro de sordomudos, traductor y político socialista Alfredo Torcelli, compilador de las obras completas de Ameghino publicadas por el Gobierno de la

Provincia de Buenos Aires, reuniría una selección de escritos llamada “Doctrinas y descubrimientos”. La biografía aparecería en el Diccionario de intelectualidades argentinas, de la misma colección. Estas ediciones se difundieron a través de las bibliotecas populares y consolidaron la obra juvenil de Ameghino como sinónimo de la producción más importante del sabio nacional. Sin dudas, se trata de las dos obras –escritas originalmente en castellano- cuyo contenido puede ser comprendido por los no especialistas. Sin embargo, no necesariamente expresaban las ideas paleontológicas del siglo XX. En 1919, Ingenieros, reconociendo las dificultades que presentaba la obra, publicó un compendio explicativo de las doctrinas de Ameghino donde además relataba la historia de su interés por las mismas:

“Estudiando ciencias naturales en las universidades de Heidelberg y Lausanne, tuve ocasión de releer, en 1912-1913, las principales obras de F. Ameghino; pude apreciarlas en su armonioso conjunto y redacté una ‘Exposición sistemática’, publicada en los Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines, dirigidos por Víctor Mercante (La Plata, abril de 1914). Posteriormente publiqué en La prensa médica argentina (1914) siete artículos sobre las doctrinas antropogénicas de Ameghino, y una sinopsis de las mismas en la Revista de Filosofía (1915), incluida más tarde en el conocido volumen ‘Doctrinas y descubrimientos’. La coordinación de esos trabajos, corregida y complementada de acuerdo con varios escritos póstumos de Ameghino, constituye este pequeño libro que dedico a los maestros de escuela, justamente orgullosos de que su gremio haya dado a la patria nombres ilustres: Sarmiento, Ameghino, Almafuerte [...] Si al leerlo fortifican su admiración por el virtuoso varón que vivió aprendiendo y enseñando, creeré bien compensadas las muchas horas que he robado a mi propia producción para dedicarlas a la gloria del amigo que aún no tiene un monumento a su obra.”

La Sociedad Luz por su parte, editó una serie de panfletos con una selección de los trabajos. Asimismo, espontáneamente se irían formando capas de divulgadores: desde las oraciones fúnebres de los literatos y especialistas hasta las conferencias que los obreros ensayaban leyendo las obras que se iban publicando y difundiendo, la figura de Ameghino calaría hondamente en las distintas capas de la

sociedad argentina de la primera mitad del siglo XX. En los años de la Gran Guerra Mundial, la cultura socialista lo adoptó como ariete para arremeter contra una visión de la naturaleza dominada por un discurso supuestamente contrario a la evolución. Y si bien Ameghino había sido tomado como ejemplo también por los promotores de una cultura científica conciliada con las juventudes cristianas, sin quererlo y desde la tumba, se fue transformando en un símbolo del materialismo y la cultura de izquierda. Esa combinación de orgullo nacional y lucha por la hegemonía cultural cuajó en la educación argentina creando un santo laico, de infalibles ideas. Su obra científica, producto del trabajo familiar y de la discusión y cooperación con muchos otros naturalistas, quedó escondida tras los himnos, los homenajes y las peregrinaciones. Ojalá estas líneas sirvan para recordarla en toda su complejidad, pero también para evitar que nos arrastre la gloria de los muertos.

Lecturas sugeridas

Barranco, Dora, La escena iluminada. Ciencia para los trabajadores, Plus Ultra, Buenos Aires, 1996.

Farro Máximo y Podgorny Irina, "Frente a la Tumba del Sabio", en Ciencia Hoy, Volumen 8, 47, 1998.

García Susana V., Enseñanza Científica y Cultura Académica. La Universidad de La Plata y las Ciencias Naturales (1900-1930), Prohistoria Ediciones, Rosario, 2010.

Podgorny, I., "De la santidad laica del científico. Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna", en Entrepasados, 1997,13: 31-67.

----- El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2009.